

Pero en 1.º de febrero de 1733 falleció Augusto II, el elector de Sajonia y rey de Polonia, y la vacante de ese trono electivo inició una crisis europea. Desde que Francia, fiel a su antiguo sistema de alianza con Suecia, Polonia y Turquía, había rechazado las amistosas insinuaciones de Rusia (1), esta nueva potencia habíase aliado con Austria, habiéndose firmado, en agosto de 1726, en Viena, un tratado entre ambas potencias por el cual se habían prometido éstas llegar a un acuerdo, entre otras cosas, sobre las cuestiones polacas. Polonia (2) hallábase desde hacía mucho tiempo amenazada por estos poderosos vecinos y por un tercero, el rey de Prusia; y los dos primeros, mientras llegaba la hora, de antiguo prevista, de un reparto, estaban resueltos naturalmente a no consentir que ocupase el trono de Polonia un cliente de Francia. Austria y Rusia aceptaron juntas la candidatura del hijo de Augusto II, Augusto III, el cual se había captado las simpatías del emperador merced a su adhesión a la Pragmática, adhesión tanto más preciosa para el Austria, cuanto que aquél era uno de los que con mayor razón podían discutir tal documento.

Ahora bien: Francia tenía su candidato, Estanislao Leczinski; y aunque Fleury, convencido de que una intervención francesa en la «Sucesión de Polonia» sería causa de una gran guerra, hubiera querido evitar esta desgracia, la reina abogó por la causa de su padre, el rey quiso realzar la condición de su suegro y la opinión en masa se pronunció en favor de Estanislao. La nación francesa sentíase humillada de que el rey se hubiese casado con una simple «señorita» y quería que la reina «de Francia» fuese «hija de rey»; y Fleury se resignó. El embajador de Francia en Polonia gastó millones para conquistar votos a Estanislao, quien, disfrazado de mercader, atravesó Alemania para dirigirse a Varsovia. La Dieta de elección (sesenta mil electores a caballo) le aclamó, y el 12 de septiembre fué proclamado rey; pero doce días después, algunos millares de disidentes proclamaron a Augusto. Veinte mil rusos entraron en Polonia, y como la Dieta de elección se había disuelto, no hubo allí fuerza alguna que contuviera a los rusos y Estanislao vióse obligado a retirarse a Dantzig.

Entonces alzó la voz en Francia el partido de la guerra, y como no podía habérselas con la lejana Rusia, se las hubo con su cómplice, el Austria. El hombre de la política antiaustriaca, Chauvelin, «escamoteó» la paz al cardenal y en octubre de 1733 fué declarada la guerra al Austria. Era preciso, sin embargo, hacer algo para socorrer al rey Estanislao, y como no podía pensarse en que un ejército atravesara Alemania y como el transportar uno a Dantzig habría sido una operación muy difícil y que habría espantado a las potencias marítimas, decidióse enviar a Dantzig por mar seis mil hombres solamente, en cuatro expediciones. La primera, de mil quinientos hombres llegó allí en 10 de mayo de 1734, mandada por el general de la Motte de La Peyrouse; pero éste, al ver las posiciones de los rusos y sus trabajos de sitio y al considerar la insuficiencia ridícula de sus fuerzas, regresó a Copenhague. Francia estaba representada en aquella capital por el conde de Plelo, quien ha-

(1) Véase pág. 26.

(2) Véanse las págs. 261 y sigs. del tomo anterior.

llábase amenazado de caer en desgracia por haber escrito pestes contra el ministerio al cual había aconsejado en vano una expedición a Polonia por el continente. Por lo demás, era un valiente que quiso realizar una hazaña ruidosa y merecer una gran recompensa ó perecer, para lo cual decidió a La Peyrouse a regresar a Dantzig. Aquel pequeño contingente desembarcó en 24 de mayo cerca del fuerte de Wechsel-Münde, cuyos fuegos hicieron en ella estragos; Plelo cayó acribillado de balas, y entonces se dijo que lo habían matado los soldados franceses «rabiosos de tener que acometer una empresa tan mala.»

Dantzig fué bombardeada y puesta a precio la cabeza de Estanislao, quien, a principios de julio salió de la plaza disfrazado de marinero, atravesó el campamento ruso y ganó la frontera de Alemania. Él mismo ha referido su evasión y por su relato se ve hasta qué punto conservó siempre su sangre fría, su buen humor y su bravura.

Francia tomó su desquite sobre Austria; en efecto, el octogenario Berwick, después de haber ocupado la Lorena, se apoderó de Kiel y abrió trincheras delante de Philippsburgo, y aunque fué muerto por una bala de cañón en 12 de junio de 1734, su sucesor, de Asfeld, entró en la plaza el 18 de julio.

Para combatir al Austria Francia había encontrado fácilmente dos aliados, el rey de Cerdeña y los españoles. El primero invitaba desde hacía tiempo a Luis XV a una intervención contra el Austria y por un tratado de 26 de septiembre de 1733 se comprometía a entregar el ducado de Saboya a los franceses, quienes, a su vez, le prometían el Milanesado, combinación en la cual se había ya pensado y que debía realizarse en 1859. España, por virtud del tratado de Madrid, obtuvo, en 25 de octubre siguiente, la seguridad de ser auxiliada en la conquista del reino de las Dos Sicilias para Don Carlos, ya duque de Parma. El octogenario Villars pasó el monte Cenís, juntóse con el ejército sardo en Verceil y se apoderó de Pavia, Novara, Milán y Pizzighetone. En menos de tres meses era conquistada la Lombardia, a excepción de Mantua, y el rey de Cerdeña tomaba el título de duque de Milán. Después de la muerte de Villars, acaecida en 7 de julio de 1734, de Coigny y de Broglie ganaron las batallas de Parma (29 de junio) y de Gualtalla (19 de septiembre). La corte de Madrid ordenó a su general, el duque de Montemar, que llevase a Don Carlos a Nápoles, y no habiendo podido los austriacos, vencidos en Bitonto, defender aquella plaza, instalóse en ella el infante.

Chauvelin, acordándose de Richelieu y de Mazarino, quería arruinar a Austria en la península organizando en ésta una especie de confederación de Estados clientes de Francia. El anciano cardenal se alarmaba y desconsolaba, y era realmente cómico oírle quejarse. Pero Chauvelin encontró un adversario, el rey de Cerdeña, Carlos Manuel, quien, temiendo que, una vez arrojados al Tirol los austriacos, los españoles quedasen demasiado poderosos enfrente de él, multiplicó las demostraciones de su mala voluntad. El emperador dió a Fleury el medio de tomar el desquite sobre Chauvelin «escamoteándole» la guerra; en efecto, ofrecióle negociar ellos dos a solas y en secreto y habló de la rivalidad de los Borbones y de los Habsburgo como de un

conflicto anticuado. Un agente francés, de La Baune, partió para Viena en donde conferenció con los ministros Sinzerdorf y Bartenstein, y en 3 de octubre de 1735 establecieron preliminares de paz. Austria cedía las Dos Sicilias al infante; Tortona y Novara, con los feudos imperiales de Langhes, en Liguria, al rey de Cerdeña; y a Estanislao Leczinski los ducados de Bar y de Lorena que, muerto él, habían de volver a Francia, debiendo el duque Francisco de Lorena, desposado con María Teresa de Austria, ser indemnizado con la Toscana, cuyo duque iba a morir sin posteridad. En cambio, Austria recobraría la Lombardía, excepto los territorios cedidos a Carlos Manuel, y Francia reconocía la Pragmática Sanción.

Estas condiciones eran muy aceptables para Francia; pero el gabinete de Viena intentó volver sobre los preliminares, especialmente sobre el modo de cesión de la Lorena, y el cardenal, avergonzado de lo mal que le resistía, invitó, en enero de 1736, a Chauvelin a que negociase en su lugar. Chauvelin disputó durante más de un año y no logró imponerse a Austria hasta que la amenazó con retener Kiel y Philippsburgo. Al fin, en 15 de febrero de 1737, el duque de Lorena firmó el acta de cesión de su ducado. Estanislao Leczinski había abdicado ya la corona de Polonia y el rey de Cerdeña suscritó los preliminares; en cuanto a España, después de haber formulado recriminaciones, había acabado por resignarse. En su consecuencia, en 18 de noviembre de 1738 firmóse el tratado de Viena que ratificaba los preliminares y que fué un gran triunfo para la casa de Borbón, que se establecía en Italia, en la persona de Don Carlos, rey de las Dos Sicilias, y para el reino de Francia, que adquiría la Lorena, desde hacía tanto tiempo por ella codiciada. En lo sucesivo, la Alsacia quedaba unida a la Champaña y nuestras provincias del Este formaban una masa compacta.

Pocos días después de firmada la cesión de la Lorena por su duque, caía en desgracia Chauvelin. Éste persistía en su política antiaustriaca, tenía una diplomacia propia, opuesta a la del cardenal é intrigaba en la corte, en donde contaba con las simpatías de los compañeros de caza de Luis XV, los familiares de los «gabinetes», los «Marmousets», De Epernon, de Gesvres, De La Tremoille. La corte estaba dividida en dos bandos, el del cardenal y el de Chauvelin cuyos adversarios hacían correr que fomentaba la rebelión de los jansenistas y de los parlamentarios, que sostenía una correspondencia secreta con España y que realizaba ganancias ilícitas sobre los sueldos de sus subalternos y con los regales destinados a los extranjeros. Pero la verdadera causa de su desgracia fué el justo descontento del cardenal contra un ministro que le hacía traición. En 20 de febrero de 1737 una real orden desterró a Chauvelin a Bourges.

El nuevo secretario de Estado de los Negocios Extranjeros, Amelot de Chaillou, ex intendente de Hacienda, era una hechura de Maurepás, contaba cuarenta y ocho años y no era de temer que hiciese sombra a Fleury. Pequeño y tartamudo, tímido y meticuloso, fué para el cardenal un simple dependiente; dotado de alguna cultura literaria y con nociones sobre la hacienda, nada sabía de diplomacia. El empleado Pecquet

hubiera podido ponerle al corriente, pero había sido encerrado en la Bastilla como amigo de Chauvelin, por lo que se trajo de Viena a otro funcionario, el señor de Theil, para que dirigiese a Amelot y le enseñase, según decían algunos chuscos, a distinguir el mar del Norte del mar del Sur.

Sin embargo, durante el ministerio de Amelot, la diplomacia francesa alcanzó en Oriente grandes éxitos cuya gloria recayó sobre el señor de Villeneuve, embajador de Francia en Constantinopla. Después de haber anulado la influencia francesa en Polonia con la exclusión de Leczinski, Rusia, prosiguiendo el plan de conquistas cuya ambición heredara de Pedro el Grande, habíase dirigido contra los turcos, que habían socorrido a los partidarios de Estanislao, y había enviado un ejército a Azoff, anunciando su propósito de reclamar el derecho de navegación en el mar Negro, y convencido a Austria para que se uniese a ella. Austria, que, debilitada en Alemania y en Italia, esperaba encontrar compensaciones en Oriente, ofreció su mediación a los turcos, los cuales, en un principio no vieron que obraba según un plan concertado con Rusia. Francia se alarmó, porque desde las *Capitulaciones* firmadas en 1535 por el embajador de Francisco I, La Forest, Turquía era para ella una especie de colonia adonde exportaba sus productos y a la cual debía Marsella su prosperidad. La competencia inglesa y holandesa había perturbado en el siglo XVII su situación privilegiada en aquel país, mas en definitiva había recobrado su preponderancia. No podía, pues, consentir que los rusos llevaran sus buques al mar Negro y se apoderasen de esta suerte del comercio de Oriente, y además tenía interés en mantener la integridad de su antiguo aliado, el imperio otomano. Después que Austria hubo invadido la Valaquia, Villeneuve fué el consejero de quien hacía caso el sultán.

Como los rusos habían ocupado Azoff, Turquía tuvo que habérselas principalmente con los austriacos en Bosnia, en Servia y en la Alta Bulgaria. En las campañas de 1737 y 1738 las tropas turcas opusieron una resistencia que sorprendió a Europa; y en 1739, el gran visir llegó hasta atacar Belgrado, el baluarte de Hungría. El emperador envió entonces un plenipotenciario al campamento turco y Villeneuve, que estaba allí, desempeñó naturalmente el papel de mediador, secundando tan bien a nuestros aliados, que Austria cedió a éstos Servia, Valaquia, Orsova y aun Belgrado. El regreso del embajador de Francia a Constantinopla fué una especie de triunfo.

La victoria de los turcos ayudó a Francia a reconstituir la liga de los Estados secundarios del Norte y del Oriente. En 19 de julio de 1740, Suecia, por indicación de Villeneuve, firmó un tratado con la Puerta; y hasta el rey de Polonia quiso, al parecer, aproximarse a Francia.

El anciano Cardenal era entonces reputado en Europa como un hábil y afortunado hombre de Estado. El rey Federico II opina que ha «realizado y curado» a Francia, y elogia «la penetración y la previsión» de los ministros franceses. Después de los tratados de Viena y de Belgrado, Luis XV parecía «el dueño y árbitro» de Europa, como decía Barbier; en lo sucesivo, era posible substraerse a la amistad de Inglaterra, que,

aunque útil en tiempo de la Regencia, había sido siempre onerosa, y quitar á los ingleses «la balanza de los asuntos de Europa.» La política colonial y marítima de Inglaterra era cada vez más agresiva; los ingleses abusaban del «buque de permiso» (1) que les había concedido España para inundar con su contrabando las colonias españolas, y habiendo España intentado oponerse á ello, los comerciantes ingleses pidieron al parlamento que la obligase á renunciar al derecho de visita. El pacífico Walpole, para conservar el ministerio, obedeció sus intimaciones, y en vista de que España se negó á ceder su derecho, Inglaterra le declaró la guerra en octubre de 1739. Al cabo de algunos meses, los ingleses, irritados porque la guerra de corso nada decidía y arruinaba su comercio, enviaron una flota salierona á la América española. Inmediatamente salieron del Ferrol doce buques españoles, mas como aquella fuerza era insuficiente para tener á raya á los ingleses, el gobierno francés expidió, á fines de agosto de 1740, desde Tolón con rumbo á América, una escuadra de doce navíos, y desde Brest, en 1.º de septiembre, quince navíos y cinco fragatas, y publicó, al mismo tiempo, un manifiesto en que decía que su demostración no podía ser considerada como una declaración de guerra. Los ingleses, al pronto, se intimidaron, y por otra parte las tempestades que ocurrieron en los mares de América hicieron aplazar toda operación.

A poco de esto, en octubre de 1740, murió el emperador Carlos VI. Planteóse entonces la cuestión de saber qué sería de su Pragmática, documento por el cual había dispuesto que la sucesión de los reinos y principados de la casa de Austria pasase á su hija María Teresa y no á sus sobrinas, las hijas del emperador José, á quienes hubiera debido corresponder en virtud de las disposiciones adoptadas por su padre Leopoldo I. Carlos había hecho que sus sobrinas, al casarse la una con el príncipe electoral de Sajonia y la otra con el príncipe electoral de Baviera, renunciase á sus derechos, y había conseguido que la Pragmática fuese aceptada primero por los «estados» de los diferentes territorios de su dinastía y después por todas las potencias europeas; pero en cuanto hubo fallecido, los esposos de sus sobrinas, Augusto, elector de Sajonia y rey de Polonia, y Carlos Alberto, elector de Baviera, reclamaron toda la sucesión. Por otra parte, el rey de Cerdeña exigió el Milanesado; el rey de España, como representante de los derechos de la rama mayor de Austria, la Hungría y la Bohemia, que se brindaba, sin embargo, á permutar con el Milanesado; y el rey Federico II de Prusia, algunos ducados silesianos, fundándose en un contrato firmado en 1537.

El Cardenal, que habría preferido atenerse al compromiso que había contraído de respetar la Pragmática, no admitió las pretensiones del elector de Baviera á la sucesión de Austria. El único provecho que habría querido sacar de la situación habría sido separar de la sucesión la corona imperial, que codiciaba el yerno de Carlos VI, Francisco de Lorena, para hacer que se la diesen al bávaro; pero aun esto le parecía peligroso y renunció á ello. No adoptó, sin embargo, una actitud

(1) Véase la pág. 421 del tomo anterior.

franca y no supo mantener simplemente su palabra ni conseguir que María Teresa comprase el apoyo ó la neutralidad de Francia. Y creyendo que le convenía cumplir con buenas palabras con los varios candidatos á la sucesión á fin de no disgustar á ninguno, siguió una política sutil de pequeñeces.

Ahora bien; los ánimos estaban en Francia exaltados por su antigua pasión contra el Austria y estimaban demasiado propicia, para dejarla escapar, la ocasión de aniquilar á la enemiga de Francisco I, de Enrique IV, de Luis XIII y de Luis XIV. En la corte, un importante partido de la nobleza ociosa, acaudillado por el conde de Belle Isle, reclamó la guerra. Belle-Isle, nieto de Fouquet, había sido descartado durante el reinado de Luis XIV; con el Regente había logrado encumbrarse, y después de haber caído en desgracia en tiempo de la señora de Prie, había recobrado el favor, merced á la protección de su tía, la duquesa de Levis, amiga de Fleury. Su hermano, el caballero Belle Isle, le daba ideas é imprimía perseverancia en su conducta. El conde tenía, á la edad de cincuenta y seis años, la fogosidad de un joven; alto, flaco, sumamente listo, de nobles modales, decididor, agrupaba en torno suyo todo un ejército de protegidos y pasaba por un grande hombre.

Fleury se impresionó ante la viveza de los ataques que le dirigían Belle-Isle y sus amigos, y él, que seguía creyendo que el único partido que convenía adoptar era el de «permanecer tranquilos», comenzó á entender que los compromisos contraídos respecto de la Pragmática eran condicionales, y que Francia respetaría los derechos de todos, pero que era libre de obrar según conviniera á sus intereses, y acarició nuevamente la idea de elevar al solio imperial al elector de Baviera. Siguiendo su costumbre de querer contentar á todo el mundo, envió á Belle Isle á la Dieta de Francfort en donde iba á efectuarse la elección, y seguramente no le disgustó alejar de la corte al ruidoso personaje.

Belle Isle entró triunfalmente en Francfort en 1741; delante de él iban doce caballos conducidos del diestro, doce carruajes tirados por cuatro caballos con mantas de terciopelo verde que ostentaban el escudo de sus armas al realce y bastones de mariscal de Francia entrelazados con guirnaldas de oro; ciento cincuenta lacayos vestidos con librea verde, calzón y chaqueta de color de escarlata, lazos de plata en el hombro y sombreros galoneados con plumeros verdes de los pajes; veinticuatro señores formando embajada, el caballero de Belle-Isle, De Blondel, enviado de Francia en la corte electoral de Maguncia, y el caballero de Harcourt. Belle-Isle iba montado en un caballo magnífico, cubierto con jaeces refulgentes de oro y pedrería. Pronto no se habló en Francfort de otra cosa que de las recepciones del embajador de Francia, del dinero que arrojaba al pueblo, de sus lacayos, pajes, correos y secretarios y de las cien personas empleadas en su cocina y en el servicio de su mesa. Para celebrar la fiesta de San Luis, Belle-Isle gastó en tres días más de sesenta mil libras; en un año había de disipar más de un millón.

En el entretanto, Federico II, que se hallaba preparado antes que todos los demás, había invadido la Silesia en diciembre de 1740 y entrado en Breslau en la primavera siguiente. Allí fué á encontrarle Belle-

Isle, que tenía poderes para tratar con él; sin embargo, Fleury, que no se fiaba de aquel «fanfarrón» de Federico, había limitado aquellos poderes. Belle-Isle debía afirmar al rey la mucha estima en que se tenía su amistad y obtener de él que otorgase su voto al elector de Baviera, pero sin que se tratase de alianza ni de plan de campaña. Aquellas instrucciones se conformaban con un proyecto de tratado que desde Francia había sido enviado á Federico después de la marcha de Belle-Isle, y en el cual nada se decía de la participación de Francia en la guerra. Mas Federico, que no era hombre para contentarse con tan poco, manifestó que no se comprometería á la ligera; Rusia, cuyos ministros eran entonces partidarios de Austria, le inquietaba y sus vecinos, Dinamarca, Hannover y Sajonia le infundían temor.

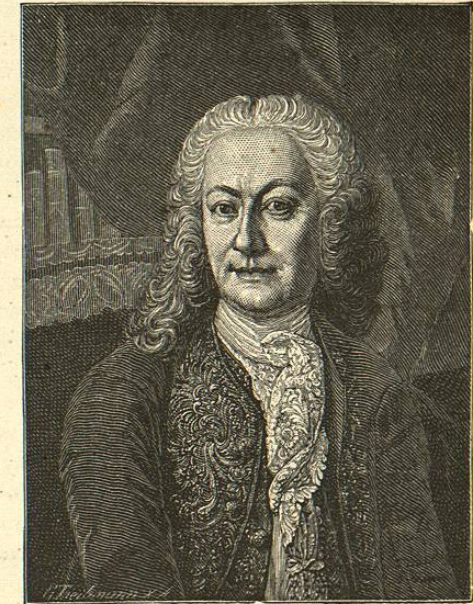
Echaba en cara á Francia que no se hubiese declarado todavía por la guerra ni tan siquiera preparado para ella y que hiciera depender sus preparativos militares de la conclusión de un tratado cuando era preciso proceder á la inversa, é impuso á una liga con Francia tales condiciones, que Belle-Isle se marchó de Breslau el día 2 de mayo sin haber llegado á un acuerdo. Federico vacilaba aún acerca del partido que debía tomar y negociaba con los ingleses al mismo tiempo que con los franceses, llamando á los primeros «las cabezas más duras», y á los segundos «la gente más orgullosa de Europa.» Cuando vió que de los ingleses no podía sacar nada, decidióse por una alianza con Francia y reanudó las negociaciones con Belle-Isle, firmándose en 4 de junio un tratado cuyas principales condiciones eran que Francia apoyaría con las armas al elector de Baviera de manera que éste pudiese hacer frente al Austria, y garantizaría al rey de Prusia la posesión de la Baja Silesia y de Breslau. Prusia, á su vez, renunciaba á sus derechos sobre la herencia de Berg y de Juliers á favor de la casa palatina de Sulzbach, cliente de Francia, y además prometía votar por el elector de Baviera.

La llegada de aquel tratado á Versalles produjo gran emoción; Belle-Isle reclamaba en cartas urgentes que se entrara en campaña, pero la corte de Francia no tenía tanta prisa y por el momento quería tan sólo proporcionar dinero á los bávaros y enviar tropas que tomasen cuarteles de invierno en Baviera y en Austria, y un cuerpo al Mosela. Fleury, que poco á poco se había dejado comprometer, trataba de hacer lo menos posible, en vista de lo cual Belle-Isle, que había prometido á Federico que se pondrían en marcha tres grandes ejércitos, presentóse en Versalles sin autorización. El día 14 de julio celebróse un consejo que duró nueve horas, y dícese que en él Belle-Isle habló él solo durante seis, y todavía se discutió dos días más. Belle-Isle trabajó con el rey, con Fleury y con el nuevo secretario de Estado Breteuil, y logró imponer su opinión, puesto que se decidió enviar treinta mil hombres á Westfalia para molestar y contener al elector de Hannover, rey de Inglaterra, y cuarenta mil á Baviera. A mediados de julio pusieron en marcha ambos ejércitos, mandados el primero por Maillebois y el segundo por Belle-Isle.

María Teresa, en aquellos momentos, no tiene más que enemigós; ha de contender con el elector de Sajonia y con el rey de Cerdeña, que no han renunciado á

hacer valer sus derechos sobre su sucesión; con el rey de Prusia y con España y Baviera, que se han coligado con Francia en virtud del tratado firmado en 18 de mayo de 1741 en Nymphenburgo, cerca de Munich. El rey de España aduce su cualidad de representante único de la descendencia masculina de Carlos V y espera conseguir otras posesiones en Italia para sus hijos. Finalmente Francia ha llegado á ser la principal enemiga de María Teresa.

En la dieta de Présburgo, en donde María Teresa revistió el manto y la corona de San Esteban, en 25 de



Juan Cristóbal de Bartenstein

junio de 1741, los magnates de Hungría acogieronla mal en un principio, no pensando más que en reclamar sus privilegios y no permitiéndole que asociara á su esposo Francisco de Lorena á la monarquía húngara. Las deliberaciones de la dieta duraron varios meses; pero en vista de que dos ejércitos franceses marchaban sobre Austria y de que Inglaterra se mantenía indecisa, María Teresa propuso á los húngaros un levantamiento en masa que fué votado con entusiasmo en septiembre de 1741.

Austria recibió de Inglaterra un importante socorro, pues los ingleses temieron que Alemania, regida por un emperador bávaro, estuviese á la discreción de Francia; además, la estrecha unión de Francia y España parecía resucitar los tiempos de la sucesión española. Por otra parte, Inglaterra deseaba una guerra general que le permitiera apoderarse de las colonias españolas y sobre todo de las francesas. El tratado de Utrecht había quitado á Francia Terranova y la Acadia, pero le había dejado la isla del Cabo Bretón, cerca de Terranova, y el San Lorenzo; este río y los de Ohio y Mississipi eran las vías por donde los colonos franceses del Norte podrían comunicarse con los de la Luisiana. Pero los colonos ingleses codiciaban el Cabo Bretón, rival de Terranova, y querían tomar posiciones entre el Canadá y la Luisiana.

La opinión inglesa censuraba, como una especie de traición, las simpatías que Walpole sentía por Francia;

así es que éste, después de haber prometido á Fleury que permanecería neutral, intervino en favor de María Teresa, á quien, en 1.º de febrero de 1742, reconcilió con el rey de Cerdeña. Sin embargo, como parecía que sólo á medias quería hacer la guerra, fué derribado en 11 de febrero; Inglaterra iba ya á facilitar á Austria subsidios y un ejército y á combatir, dentro de muy poco tiempo, contra Francia y España.

Belle-Isle al frente del ejército de Baviera, en vez de marchar sobre Viena, penetró en Bohemia, después de haber dejado destacado en Lintz un cuerpo para guardar la Alta Hungría, y se apoderó de Praga, en donde fué coronado rey el elector de Baviera. Habiendo caído enfermo, el mariscal abandonó el ejército, pero cometió el error de conservar inteligencias en él y de querer dirigirlo desde Francfort, adonde había regresado, con lo cual perturbó la disciplina y descontentó á su sucesor, de Broglie.

Las tropas que se habían quedado en el Danubio fueron bloqueadas por los austriacos en Lintz, plaza que capituló en 23 de enero de 1742; sucedió de mal agüero para el elector de Baviera, que fué elegido emperador en Francfort el 24 de aquel mismo mes, y tomó el nombre de Carlos VII.

Entretanto, el rey de Prusia atendía á sus particulares intereses, y en vez de entrar en campaña para ayudar á los franceses en sus operaciones, había firmado con María Teresa, en 9 de octubre de 1741, el convenio secreto de Klein Schnellendorf, por el que recibía la Baja Silesia como precio de la cesación de las hostilidades. Pero temeroso de que María Teresa se engrandeciese demasiado rápidamente, lo que habría puesto en peligro su conquista, invadió Moravia y Bohemia y derrotó á Carlos de Lorena en Caslau en 10 de mayo de 1742. Francia se hizo la ilusión de creer que Federico iba á ser en lo sucesivo un aliado eficaz, tanto más cuanto que injuriaba á la reina de Hungría y alentaba á Belle-Isle y á de Broglie; pero todo esto lo hacía para disimular sus negociaciones con Austria, y su misma victoria no era sino una fase de esas negociaciones. En 11 de junio de 1742, María Teresa le cedió, en Breslau, la Alta y la Baja Silesia y el principado de Glatz; el rey de Prusia no se había preocupado lo más mínimo de sus aliados, que tan mal dirigían sus negocios, y Francia continuó comprometida en el imperio por la vanagloria de apoyar en él una apariencia de emperador como era el elector de Baviera.

La situación militar llegó á ser muy mala en Bohemia, pues si bien de Broglie se apoderó de Egra en 20 de abril de 1742, las poblaciones que le rodeaban eran tan hostiles que sus soldados no podían aventurarse fuera del campamento, y al fin todo el ejército francés quedó cercado en Praga.

Belle-Isle había vuelto á Bohemia muy desacreditado á consecuencia de los reveses de que la opinión hacía responsable; casi estaba en desgracia. El ministerio había puesto todas las tropas bajo las órdenes de Broglie y Belle-Isle desempeñaba al lado de éste el papel de consejero.

Para facilitar la retirada del ejército de Bohemia, ordenóse á Maillebois que saliera á su encuentro con el

ejército de Westfalia; Maillebois avanzó sobre el alto Eger, pero al ver que Broglie y Belle-Isle no se le juntaban, se replegó hacia Baviera.

Maillebois cayó en desgracia y de Broglie recibió el orden de reemplazarle al frente del ejército; á Belle-Isle se le ordenó que saliese apresuradamente de Praga y evacuase la Bohemia. La retirada de Praga hace honor á Belle-Isle que la dirigió, pero sobre todo á la resistencia de los soldados: en una noche de invierno, once mil infantes, tres mil jinetes, trescientos carros y seis mil mulos salieron de la plaza, escaparon al enemigo y con rapidez sorprendente marcharon hacia Egra, adonde llegaron en cinco días, á pesar de la nieve y del hielo; y aquel pequeño ejército diezmando regresó á Francia, habiendo perdido sus transportes pero conservado sus cañones.

Chevert, que se había quedado en Praga con cuatro mil hombres extenuados por las privaciones, amenazaba á los austriacos con incendiar la ciudad por sus cuatro costados; no podía resistir más tiempo, pues sus soldados habían devorado los caballos, los perros y hasta las ratas. En 23 de enero de 1743 pudo salir de la ciudad con todos los honores de la guerra.

V.—Muerte de Fleury

Cuando Belle-Isle trajo á Francia los restos de su ejército, acababa de morir el cardenal, en 29 de enero de 1743. Era nonagenario y desde hacía cuatro años tan pronto se decía de él que se moría como que estaba en vísperas de retirarse voluntariamente; pero cuanto más envidiado y amenazado se sentía, tanto más se aferraba á su puesto. Los cortésanos predecían su caída y señalaban como sucesor suyo á Tencin ó á Maurepás, á Chauvelin ó á Belle-Isle. Hubo un momento en que se creyó que Luis XV iba á deshacerse de aquel anciano sin tener que retirarle su favor y fué cuando, vacante la Santa Sede por muerte de Clemente XII, en 1740, parecía muy probable que Fleury fuese elegido papa. Luis XV, según se decía, proyectaba ya llevarlo á Marsella y embarcarlo allí; pero la elección del conclave recayó en un italiano, Prospero Lambertini, que tomó el nombre de Benedicto XIV.

Dos años antes de su muerte vióse Fleury gravemente amenazado por una querida del rey, Paulina de Nesle, quien, según dice de Argensón, le impedía ver al rey «más de un cuarto de hora por semana», secundada por Belle-Isle, en aquel entonces omnipotente. Un partido se formaba para hacer entrar en el Consejo, como ministros de Estado ó como ministros sin departamento, á amigos de los ultramontanos y de la camarilla afectada á los Noailles, el cardenal de Tencin y el conde de Argensón, que entraron efectivamente en él en 25 de agosto de 1742. Fleury, combatido por casi todos sus colegas, solamente se veía apoyado por Amelot, un inepto, y por Orry, «un tirano»; pero, «patizambo como un caballo gastado», sosteníase á pesar de todo, vigilando á sus adversarios y acariciando á sus enemigos; en particular al ayuda de cámara del rey, Bachelier, de quien sospechaba que quería hacer llamar nuevamente á Chauvelin. El marqués de Argensón dice que tenía «astucias de mono viejo»; quiso gobernar mientras tuvo un soplo de vida y gobernó.



EL CARDENAL ANDRÉS HÉRCULES DE FLEURY

(Facsimile reducido del grabado de Pedro Drevet, cuadro original de Jacinto Rigaud)